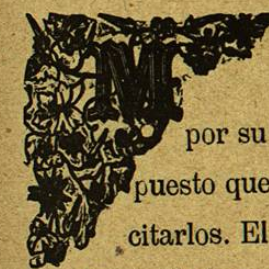


ventaja de ser en el fondo un aplazamiento más al término y remate de tamaño conflicto. Así, mirando á su mujer, acordóse de que era esposo, y no estaba la ocasión para que luciese su valor cualquier amazona sin pelo en pecho; mirando á sus ministros, acordóse de que naciera soberano absoluto, y no estaba el horno para roquillas ministeriales ó para consejo de ministros; y tomó su resolución suprema, con la fuerza de voluntad que sienten, cuando á cualquier cosa se resuelven, todos los irreselutos. La Reina se cubrió el rostro con las manos para no ver la última de sus humillaciones; Isabel preguntó á Roederer si respondía de que pasase incólume al Congreso su hermano; los niños lloraban al observar el gesto y actitud de sus padres; los ministros se creyeron seres inútiles, llevándose la Constitución en pedazos, aquella Constitución, cuyos cánones aseguraban la inviolabilidad del poder real; los gentiles-hombres pidieron morir al pie del viejo ídolo de sus mayores; y Roederer dispuso todo lo necesario para la partida diciendo quiénes habían de ir y quiénes no á la Cámara. Convenido todo y todo dispuesto con la celeridad del relámpago, Luis XVI dijo esta palabra que cerraba la historia del absolutismo: «partamos». También dijo Cristo en la cruz al expirar y al dejarnos su divino testamento: «Consumatum est».



CAPÍTULO VIGÉSIMO-PRIMERO

El Congreso y el Monarca.



ADAME Staël, espectatriz y comentadora de todos estos acontecimientos, nos ha dejado una viva historia de las emociones experimentadas por su ánimo en tan suprema crisis, la cual historia conviene ahora evocar, puesto que los historiadores no deben reducirse á referir los hechos, deben resucitarlos. El relato de la gran escritora, que tanto nos interesa, refiérese á lo visto por ella desde la hora en que los Reyes fueran al Parlamento hasta la hora en que los Reyes fueran al Temple. Resumamos con fidelidad sus recuerdos, pues tal resumen brevísimo conviene á la ciencia de aquellos instantes y al examen que vamos siguiendo de sus causas y de su razón. Era el principio de la mañana, día diez, cuando á la embajadora comunican voces amigas la persecución de los constitucionales, ó sea de los políticos que con ella compartieran comunes ideas y comunes sentimientos, así respecto de la Monarquía como respecto de la Constitución. Conocer tal persecución, por la cual estuvieron á punto de ser exterminados aquellos liberales, equivale á conocer una de las fases mayores y más transcendentales de tamaña crisis. Salió muy de mañana madame Staël en su coche. Vivía ésta en una calle de la orilla izquierda que daba sobre los muelles del Sena. Y llegada cerca del puente vecino, detienen la carrera de su tiro unos hombres misteriosos, los cuales, al detener los caballos, meten la cabeza dentro del coche y anuncian cosa tan triste como que á la otra ribera del río asesinan las gentes en unas saturnales cruentísimas. Así, por un instinto de humanidad, no la dejaron pasar. Dos horas estuvieron porfiando

por el tránsito, pero inútilmente. Al fin de las dos horas madame Staël supo que sus amigos estaban todos salvos, y respiró. Pero esta salvación habíanla recabado escondiéndose como muertos en las profundidades húmedas, oscuras, frías, de aquel subsuelo. La insigne dama resolvió compartir sus daños, y fué á verlos en las sepulturas de vivos preferidas por ellos á la proscripción con que los amenazaban, de consentirles y dejarles la vida. A pie, por no suscitar sospechas, buscó, y en casas pobres, de muy humilde aspecto, encontró á sus amigos, los corifeos constitucionales. En cada puesto vió unos hombres torvos, tendidos por el suelo, exacerbados por el insomnio, quienes, entre los vapores del vino peleón y del aguardiente con pólvora tomados en la refriega, decían juramentos execrables. A su lado yacían, como en comunidad bestial, mujeres marimachos armadas de fusiles, y con juramentos más execrables aún que los juramentos de sus parejas, y con aspecto más odioso, por hombrunas. Y de tal modo rondaban á su grado por todas partes. Así, las gentes pacíficas se atropellaban en cuanto veían estas patrullas, por evitarlas á todo trance, y en cobro ponerse, para huir el cuerpo á semejantes defensores del orden. Madame Staël creyó estar en nueva San Bartolomé, pues topaba en su carrera con asesinos solamente. Imposible que tal marea de sangre no llegase hasta la boca de los republicanos y no les cubriese la cabeza, sumergiéndolos en sus nefastas olas. A cada instante se perpetraba un crimen horrible. Furias de todas condiciones corrían, especialmente por la noche, pidiendo cabezas á granel. Las prisiones rebosaban. Las listas de traidores no acababan, dichas por labios de verdaderos esbirros. Podía librarse uno de tener cualquier particular enemigo mal intencionado; por venganza, lo hacía inmediatamente reo político. Hasta la caridad se había concluído en los corazones, inhumanizados por la barbarie imperante. Nadie prestaba su casa de asilo, como no fueran aquellos deudos y allegados que amaban las víctimas mucho más que se amaban á sí mismos. El deudor llamaba realista ó emigrado al acreedor, como sucediera en los tiempos más nefastos del terror antiguo. Los perseguidos no podían dormir una segunda noche jamás en el lugar donde durmieron la noche anterior; y pasar de un punto á otro equivalía, por los peligros acumulados en todas partes, á un verdadero trance de muerte. Como embajadora de Suecia, madame Staël creyó posible acoger en la inviolabilidad de su domicilio extraterritorial los perseguidos. Así, trasladólos, á la sombra de aquellas noches, del asilo imposible, donde se hallaban refugiados, al propio palacio. Encerrólos en las salas más solitarias de todo el edificio, á llave, y se fué á la ventana en atisbo de los perseguidores y en aperebimiento contra las visitas domiciliarias. Nada sucedió al pronto. Pero, transcurridas algunas horas, oficioso doméstico le anunció que se susurraba donde tenía escondido á Narbonne, el antiguo ministro constitucional de la Guerra, partidario de madame Staël y por madame Staël protegido siempre, uno de sus predilectos. Por el pronto logró dominarse la embajadora, y aparentó no hacer caso del doméstico; pero

poco á poco; su inquietud llegó á causarle desarreglos nerviosos, insomnios asesinos. Y tenía completa razón en alarmarse. La visita domiciliaria llegó, no obstante la inviolabilidad diplomática. Declarado traidor Narbonne, moría si lo encontraban. Pero, en tal trance mostró la escritora su alta y superior complexión. Unos comisarios entraron dentro del palacio; unos guardias nacionales, que los acompañaban, se quedaron, haciendo guardia y constituidos en retén, á la puerta. Madame Staël dominó los desarreglados nervios de manera que su serenidad destruía toda sospecha. Comenzó en la defensa de sus amigos por asustar á los esbirros con las responsabilidades por ellos contraídas, violando la residencia inviolable de una embajada diplomática. Siguió en seguida mintiendo una lección de geografía, pues aseguró ser Suecia un gran Estado sito en la frontera de Francia, por lo cual corría ésta un gran peligro si asociaba tal Estado, mal herido, sus esfuerzos á los esfuerzos alemanes. Y escritora francesa la Staël, comprendiendo cuánto el ingenio francés á la gracia se presta, comenzó bromeándolos con la equivocación cometida, y concluyó diciéndoles cuánto habían de callar aquel atentado, para que allende no ridiculizaran la crasa ignorancia de los libres. Lo cierto es que sojuzgó al crimen el talento, y los degolladores se fueron sin llevarse carne fresca entre las garras. Mas, hagamos la siguiente observación, ¿qué pasaría en el resto de París cuando tales cosas podían pasar en el seno de un palacio, inviolable por todas las leyes nacionales é internacionales? Muchos crímenes se cometieron. Mas no hay que atribuir estos crímenes á excepcional idiosincrasia de aquellos franceses, hay que atribuirlos á las circunstancias extremas y al estallido del espíritu nacional, exacerbado por las amenazas de invasión extranjera. Los alemanes son de un temperamento bondadoso; y, sin embargo, enfurecieron por la guerra de Treinta años, en términos que metieron dentro de las llamas voraces á muchas mujeres en cinta, y pusieron en las puntas de sus lanzas atravesados innumerables niños. No puede darse nada más sereno que un temperamento escandinavo de ahora, y este pacífico temperamento tiene por premisa la piratería normanda, y á nuestra vista casi, las devastadoras expediciones del brutal Carlos XII. No se puede la historia de crisis como la revolución francesa estudiar, sin enlazarla con las crisis anteriores y las crisis posteriores. Sin saber bien lo que pasó antes de la revolución y lo que ha pasado después en períodos análogos, no hay medio de apreciar esta crisis. ¿Quién ha olvidado la Comunidad revolucionaria del setenta y uno en París, habiendo sufrido desde cualquier punto de la tierra donde se hallara el terrible calor de sus incendios, que parecen los braseros de la Inquisición aplicados á todo un pueblo? Pues los parisienses que pegaron fuego á París, vivían en el seno de la civilización más adelantada, recitaban de memoria las maldiciones del profeta Víctor Hugo á la pena de muerte, admiraban, como cristalización del espíritu moderno, la gran ciudad tratada por ellos como trató el fuego bíblico á Nínive y Babilonia. Incendios antes é incendios después; matanzas antes y matanzas después; las muchedumbres anónimas ex-

terminando desde los generales de la nación hasta los príncipes de la Iglesia; tribunales revolucionarios una y otra vez; la casa de Thiers demolida, la columna de Vendôme derribada, la calle Real hecha un horno, el cementerio convertido en campo de batalla como si la fusilería no quisiese dejar en paz á los muertos, muestran que á un medio ambiente volcánico, tormentoso, trágico, los hombres más sencillos y prosáicos se truecan en monstruos titánicos y ciclópeos, sin entrañas ni conciencia, devorando, cual canibales ó antropófagos, sus semejantes, como aquellos monstruos vistos por las teogonias antiguas entre las erupciones del Etna. La Historia es una serie de lógicos hechos, desarrollados en series dialécticas, las cuales piden que no se las juzgue solas y aisladas; que se las ponga en su debido lugar, entre sus antecedentes y sus consecuencias. Nosotros que, para ver bien á Marat, hemos visto antes á Pedro *el Cruel*; que para contemplar el suplicio de María Antonieta hemos contemplado el suplicio de María Estuardo; que para conocer las matanzas revolucionarias hemos evocado las matanzas religiosas; no podemos sino poner junto á los crímenes de la Comunidad del noventa y dos los crímenes de la Comunidad del setenta y uno, los cuales demuestran una vez más que ciertos estados del espíritu repiten las mismas crisis, como ciertos estados del ánimo repiten las mismas enfermedades.

Era el miércoles veinticuatro de Mayo de mil ochocientos setenta y uno. Las tropas del gobierno en la tercera República tomaban posesión del edificio de la Bolsa. Sonreían las gentes como libres de enorme peso; gallardeaban al viento primaveral innumerables banderas tricolores; oíanse gritos de júbilo mezclados con acordes de música; cuando, de pronto, retiembla el suelo, obscurécense los aires, columnas gigantescas de humo suben á las alturas despidiendo de sus senos siniestros relámpagos, como si súbita inesperada tormenta hubiera caído sobre la ciudad en guerra. Seguidamente, con la celeridad que arde largo rastro de pólvora, dícense unas á otras las gentes que las Tullerías vuelan, que París arde, que llueve petróleo incandescente, que se abren las letrinas repletas de pólvora para derribar por el suelo abierto en simas, derruidos y calcinados, todas las casas y todos los monumentos. Un grito de rabia, de furor, de cólera, estalla en todos los pechos. Nada de cuartel, gritan las ciegas muchedumbres del centro contra las ciegas muchedumbres de los extremos. Y en efecto, los prisioneros inermes caen muertos de cuatro tiros sin formación de causa á la terrible hora en que estallan los incendios. Muchas personas sabían de antemano que aguardaba á la ciudad, probada por tantos dolores, nueva é irreparable catástrofe. Pero evitarlo no había más que un remedio; ocupar con tropas fieles instantáneamente todo París; entrar por todas las puertas á un tiempo; no detenerse ni un minuto en esta carrera de audacia; penetrar por cualquier medio y á costa de cualquier sacrificio en el corazón de la población; subir á las alturas, y bajar á las alcantarillas; agruparse en torno de los grandes edificios, salvándolos del incendio. Esto no era un sueño, puesto que en la

noche del domingo, con menos precauciones y más audacia, pudieron haber llegado hasta el centro y haber impedido la terrible demencia que se subió á la cabeza de los comuneros en los momentos más terribles del pavoroso combate. El general Franzine escribía con fecha diez y ocho de Mayo al gobierno de Versalles. «Han hecho los insurrectos requisas inmensas de petróleo. Se proponen hacer saltar los Campos Elíseo, ó incendiar las Tullerías, las casas de la Ciudad, el Palacio Real y todos los ministerios en los diversos barrios de París. Además, fusilarán los rehenes y los presos encerrados en las cárceles de Mazas. Si me prevenís con tiempo, diez horas antes del asalto, yo tengo un núcleo suficiente de hombres seguros, cinco ó seis mil, que podrán impedir la realización de estos bárbaros proyectos. He tomado las necesarias disposiciones para ocupar con los guardias nacionales adictos, dispuestos á sacrificarse por la buena causa, los sitios amenazados, sin ruido, sin halaracas, á título de refuerzos. Una vez allí, cumplirán mis instrucciones, apoderándose de los incendiarios.» El conde de Montferrier expedía continuamente emisarios provistos del título de lorenenses anexionados á Prusia para que dijeren á Thiers cuánto temía que en la hora del supremo conflicto París saltase. Roy, uno de los más adictos amigos del Presidente, iba con riesgo de su existencia, á los cafés donde se congregaban los comuneros y les oía decir que aglomeraban pólvora en todos los monumentos, que posían cantidades enormes de petróleo, que almacenaban materias incendiarias, que pensaban oponer al ejército mares de llamas, torrentes de lavas; y retirándose á las alturas de Montmartré y de Belleville, verlo arder en su propia sangre encendida por el fuego donde se consumiría París como los reos de la antigua Inquisición se consumían en las hogueras. Escribiólo Roy todo, tal como lo escuchase, al secretario del Presidente, á Saint-Hilaire, por medio de un amigo, Mr. Pavia. Thiers mismo recibió la carta; y encogiéndose de hombros con verdadera indiferencia y dibujando en sus labios excéptica sonrisa, exclamó: «¡Oh! No temáis; lo dicen, pero no lo harán.» El diez y nueve de Mayo escribía también el coronel Domolain al ministro de la Guerra: «Las Tullerías están minadas; hay barriles de pólvora y cuarenta cajas de municiones en las bodegas. En Montmartré, dentro de la iglesia de San Pedro, tienen grande almacén de pólvora y fuegos griegos. Si es posible, mientras se ataca por la puerta Maillot, convendría llevar tropas por la puerta de la Chapelle.» A ninguna de estas advertencias se rindieron los gobernantes y dejaron con criminal imprevisión París en poder de los incendiarios. Mas no se necesitaba recurrir á estos medios para conocer los proyectos dirigidos por los insurrectos. Julio Vallés los decía diariamente á grito herido en feroces frases: «Se han tomado todas las medidas para que no llegue á París ningún soldado enemigo. Los fuertes pueden ser tomados unos tras otros: las murallas caer; sin embargo, ningún soldado llegue á París. Si Mr. Thiers es químico, nos comprenderá.» Y en otra ocasión añadía: «El ejército de Versalles puede tentar el asalto y demoler las murallas. Pero sepa bien que París está decidido á todo, y que tiene tomadas sus